objetos que me interesan... y no me atrevo.

—¿Quiere usted que yo la acompañe?—dijo friamente.

—¿Sería usted capaz?

—¿Por qué no?...

Comenzaron á andar deprisa á lo largo de las calles solitarias. Súbitamente ella se detuvo.

—Le expongo á usted—dijo—á un peligro inevitable, acaso á la muerte... Váyase usted, se lo ruego. Tenga usted presente que su sacrificio es inútil, pues que no hallará recompensa en mi amor.

El español y manchego además (¡viva su mamá y la tierra de Don Quijote!) repuso:

—Yo la acompaño á usted y la defiendo á usted y me rompo el alma por usted... y no la pido á usted nada.

Llegados que fueron á un hotelito misterioso y excéntrico, la joven entregó á su acompañante la llave del zaguán.

—Abra usted—murmuró—y esté usted prevenido.

Atravesaron un largo corredor, subieron una escalera y halláronse en un comedor claro y bien amueblado. Entonces la desconocida rompió á reír.

—Tome usted su dinero—dijo—y alégrese usted: todo lo sucedido es pura invención mía.

¡Figúrense ustedes la cara que pondría el galán y el peso que se le quitó de encima! Ella continuó:

—Yo deseaba dar mi cariño á un hombre generoso y valiente, únicas virtudes masculinas que admiro. Para esto inventé la farsa que usted ha visto. Usted es generoso, pues que me da dinero sin conocerme; y valiente, pues que se ofrece á reñir por una mujer de quien ningún provecho pensaba sacar. ¡Usted es el hombre soñado!

....

Y no quieran ustedes contar... lo que habrá pasado entre ese *feliz* y esa *original*.

Fernando Amado.

ESTABLECIMIENPO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid



PRECIO DE LA CAJA:

Dos pesetas

De venta en todas las buenas farmacias de España.

Si los Previsores del Porvenir tienen 117.300 socios obligados á pagar cuota mensual, ¿cuántos tendrá *Hispan Trust* cuando sepan que pueden librarse del pago de dicha cuota y de la contribución sobre alquileres, teniendo, además, derecho á otras combinaciones beneficiosas sin que le cuesten un céntimo?...

PRINCIPE, 14
De 10 á 12 y de 4 á 6

LA HOJA DE PARRA — REVISTA FESTIVA — APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas: MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO — Apartado de Correos número 547 MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL

AÑO I. Madrid, 11 de Noviembre de 1911. NÚM. 28



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
A. HERNÁNDEZ CATÁ
La hermana.
MIGUEL SAWA
El 44 y el 25.
PEDRO DE RÉPIDE
La clausura inútil.
EL CONFESONARIO
Artículos de PURA MARTÍNEZ y PEPE MONCAYO
PEDRO MATA
Desmemoriada.
ANTONIO LOZANO
El hombre.
FERNANDO AMADO
Liga de mujeres.
FERNANDO SOLDEVILLA
Arrojar la cara importa...
TOVAR, CYRANO, RANA, GUARR y ALFONSO
Caricaturas y retratos de Julita Fons, Pura Martínez, Tina Ortiz, Pepe Moncayo, José Estrañi y otros dibujos.

5 cénts.



JULITA FONS

¡Qué duda cabe! Reina de la hermosura, reina de la gracia, reina siempre.....



NECESITO UNA SEÑORA
QUE ME HAGA SUDAR AHORA.

Lectora queridísima:
Con un gran «catarríbilis»
me tienes en el lecho del dolor;
y me hace la santísima
no andar de «parrandíbilis»,
pues no me lo permite mi doctor.

✣

Con este mal que aquéjame,
me he puesto tan escuálido
que parezco un espíritu ideal;
y el médico motéjame,
cuando me ve tan pálido,
¡de «clarisa hierática y lilial»!

✣

No hay ya, en mi melancólica
lira, los sones bélicos
que antaño te incitaran al placer;
y de mi arpa eólica
brotan suspiros «célicos»
de amargura, pensando en la mujer.

✣

¿Habrá una tan benéfica,
que en mi aflicción consuéleme
con la piedad de un alma femenil,
en hora tan maléfica
cual la en que tanto duéleme
de toser y esputar el pecho «vil»?

✣

¿La habrá tan amantísima,
que con sus manos ágiles
quiera aliviar mi horrible situación,
calmando, piadosísima,
de mis neuronas frágiles
la acerba y pertinaz excitación?

Al verme tan anémico,
por este «catarríbilis»
que hace días me trae á mal traer,
mi antiguo afán «bohémico»
de andar de «parrandíbilis»,
¡ay!, no lo puedo ya satisfacer.

✣

¿Dónde se oculta «abscóndita»
la musa sicalíptica
que hasta ahora mis canciones inspiró,
y hoy es como recóndita
visión apocalíptica
que de mi numen para siempre huyó?

✣

¿Dónde el vigor prolífico
de mi cerebro lúcido
se esconde, que me siento desmayar
falto de un sudorífico,
y estoy ya más traslúcido
que un bacalao de Escocia, á no dudar?

✣

Lectora queridísima:
Ven á mi lado, rápida,
si no quieres que muera de dolor
y esta oda sentidísima
la graben en la lápida
de tu desmadejado trovador...

✣

No soy un pusilánime;
pero mi afán prolífico
requiere el acicate del placer...
Y así hoy, al verme exánime,
reclamo el sudorífico
que pueda reanimarme: ¡la mujer!

Carlos Miranda.

LA HERMANA

Se hizo preciso adelantar la marcha, porque á la salud de Lucio no era propicio el tráfago urbano. Cuando llegaron á la quinta, ya los árboles tenían retoños verdes, y de noche, los jazmineros enredados en la verja envolvían la casa en su fragancia pesada y mareante.

La sexagenaria paralítica se negó á que su hijo fuese llevado al manicomio. ¿No hubiese sido cruel confinar á un hombre á quien la pérdida de su esposa privara de razón? Por eso, contra los consejos unánimes de los facultativos, ella opuso tenaz su resolución de madre cariñosa:

—Lo llevaremos á la quinta. Allí, en el campo, sin más compañeros que los viejos guardas y yo, tal vez olvide su obsesión; sin ver mujeres...

Fué un suceso trágico y doloroso. Ante el cadáver de la esposa, virgen dos meses antes, Lucio tuvo el primer acceso. Inclinado sobre el ataud, acarició á la compañera frenéticamente; mordió los labios fríos, y cuando para alejarle desagarrotaron sus dedos enlazados á los de ella, las manos muertas y las vivas ofrecían igual rigidez.

Desde entonces, la vesania erótica conturbó todo su organismo. El dolor moral, la desolación del alma y del cuerpo abandonado por el espíritu y la carne fraternos, tuvo una localización morbosa. Apenas derramó lágrimas. Vuelto en sí del largo desmayo, ni la nombró siquiera; pero la veía viva en todas las mujeres núbiles. Bastábale la visión de una mano, de una prominencia temblante bajo las vestiduras, para imaginarla y desear volver á ser su dueño. Era un gran duelo muscular y nervioso, un ígneo recuerdo perenne de la médula y de la piel.

Hubo necesidad de prescindir en la casa de las sirvientes jóvenes, porque en las tardes de primavera, cuando la atmósfera se carga de deseos y perfumes disueltos en una laxitud infinita, Lucio las perseguía lanzando alaridos faunescos.

Y fué inútil atarazarle las manos—¡tristes manos, antaño laboriosas, que ahora, al servicio de su locura, eran inconscientes verdugos! — Su imaginación suplía todo contacto. La cordura, en vez de extinguir su llama, esparcióse por los sentidos dotándolos de máxima sutileza. ¡Cuántas veces al hallarlo víctima de una convulsión espasmódica vieron su mirada de alucinado resbalar por la curva suave de un mueble ó fija en la lejanía azul, donde las nubes eran definición extraña de algo gracioso y femenino!

En la quinta gozó algunos días de reposo. Se alzaba temprano del lecho para bajar al establo con Fermín, el viejo sirviente. Allí veíale ordeñar las vacas. Una cobriza acariciábale con el mirar humilde de sus grandes ojos castaños, y ofrecía dócil el testuz á la mano enferma, mientras la leche de sus ubres coronaba la jarra de un penacho trémulo y tibio. Luego paseaban hasta mediado el día. Por las tardes, sentados en la azotea, desgranaba con lentitud *los parajes tranquilos* de un libro elegido exprofeso: raro libro donde una humanidad, exenta del azote lujuria, tejía una fábula pueril. Después, paseaban otro rato. Y el método de esta existencia mansa era benéfico para la salud de Lucio. Sólo de vez en vez, la vista de cualquier objeto traíale por prodigiosa gradación de ideas el recuerdo temible. El criado no conseguía siempre alejar á la intrusa.

—Mira, Fermín... ¿Ves esa onda que ha engendrado la piedra al caer en el lago? ¿Ves cómo se desarrolla blanda, lenta, en una curva toda armonía? Pues así son los flancos

NUESTRAS COCOTAS



TINA ORTIZ

de ella... ¿Tú no la has visto desnuda?... ¡Oh! Yo te diré: tiene el pecho...

—No piense en eso, señorito.

—Dos senos perfectos, ubérrimos de voluptuosidad.

—Señorito Lucio... marchémonos de aquí... Se enfadará la señorita si habla usted de eso.

Poco á poco, las trágicas evocaciones fueron más frecuentes. En el fondo de las ojeras verdosas, los ojos tornaron á fulgir con esplendor de cirios. Las manos y las orejas, casi transparentes, adquirieron tintes azulosos; á la influencia del recuerdo todo él vibraba como un arco. Dijérase que desde el sepulcro, la esposa, amorosa y cruel, exigía el fin de la separación.

Progresivamente, todo llegó á excitarle; el tacto de un cuerpo suave y terso, el gusto de cualquier manjar ácido, el ulular del viento entre las frondas. La Purísima Concepción fué desterrada del oratorio con la mácula de los pensamientos de Lucio. Algunas noches Fermín percibía su respiración acelerada.

—Señorito... señorito Lucio: ¿qué tiene usted?

— Cáll te!... ¿No notas el olor?

—Son los jazmines del jardín... Quedaría alguna ventana sin cerrar.

—¡Oh, no, no!... ¿Tú sabes quién tiene ese perfume?... Es *ella*, que ha venido.

Y mientras el enflaquecimiento de aquella ruina física se crispaba epilépticamente, el nombre de la esposa surgía entrecortado una vez, otra, muchas veces, hasta llenar la estancia, donde parecía todo más grande, más triste...

Al finalizar Mayo, un acontecimiento hizo que la madre, siempre que hacia recluir al viudo, adoptase una resolución evitada hasta entonces. Lucio, en un acceso de furia, maltrató al viejo servidor. Hacíanse precisos los cuidados de otra persona á quien Lucio respetara y quisiese:

—¡Ah, si ella pudiera moverse del sillón, estar siempre á su lado... Con ella nunca dejó de mostrarse cariñoso y sumiso, casi normal.



—Caballero, me parece que todavía está poco adelantada la estación para que se venga usted con ese gabán de abrigo y esa gorra de abrigo y esa señora también de abrigo...

Y fijo el pensamiento en su otra hija, decidióse á escribirle una carta henchida de lamentos, por cuyos renglones erraban sollozos y suspiros de angustia:

«Tú no tienes niños... Son unos meses, sólo *unos pocos meses*, que sacrificas á tu esposo... Piensa en mí... Tu hermano, nuestro Lucio, morirá, si no, como un perro.»

✠

Vino la hermana.

Lucio la reconoció perfectamente. Apenas hablaron de su enfermedad; aquello, según frase de él, sólo era un desequilibrio nervioso, que subsanaría una alimentación sana. Durante la cena encauzóse la plática por el camino llevadero á los días pretéritos, lejanos. Lucio rememoró escenas infantiles, cuando eran los dos colegiales y él hacía valer ya su autoridad de primogénito.

—¿Te acuerdas cuando reñí con un chico rubio por tí?—Y animado por el éxito de su memoria iba encadenando los recuerdos con asombrosa precisión.—¿Y cuando te examinaste de solfeo y confundiste un *silencio* por un *becuadro*?... ¿Te acuerdas?

Ella, viendo pasar por la conversación, exenta de exaltaciones, de Lucio toda la sarta de pequeños incidentes, cuyos recuerdos decían ecuánime lucidez mental, miraba sonriendo á la madre, procurando leer en sus ojos, gozándose en suponerla víctima de un temor excesivo, diciéndose para justificar sus pensamientos: «El mucho cariño... Tal vez los años...»

A principios de Junio, el tiempo tuvo una alteración regresiva. Del Norte soplaron vientos fríos, y de nuevo, como en las mañanas invernales, se hizo el agua hielo en las junturas de las piedras. Lucio hubo de levantarse bien entrado el día, de renunciar á las escenas geórgicas del establo, donde la mansedumbre de los ojos bovinos parecía interrogar por aquel que acariciaba el cobrizo testuz, mientras el tesoro de las ubres desbordábase en el jarro coronado de espuma humeante y blanca.

Aquella mañana, cuando la hermana fué á llevarle el desayuno, él no estaba despierto como de costumbre. Tuvo que llamarle blandamente:

—Lucio... Lucio.

Tardó bastante tiempo en despertar.

—¡Perezoso, despierta!... Lucio...

Luego de abrir los ojos, incorporóse para preguntar á la hermana:

—¿Hace mucho rato que estás?... ¿Cuándo viniste?

—Acabo de entrar ahora... ¿No has descansado bien?

—¿Te han visto?... ¿Te ha conocido alguien al venir?

—Pero, ¡qué dices!

—¡Oh, si lo supieran..., si supieran que habías llegado...!

Ella vió en el fondo de sus ojos dos llamas siniestras, y quiso huir; pero él, felino y rapido, saltó del lecho. Fuése hacia ella, y mientras le desgarraba los vestidos, oprimióle con su boca la boca, sin dejarla gritar.

—¡Lucio!... ¡Suéltame!... ¡Qué horror, qué horror!

Lucharon largo tiempo. Ella se defendía desesperadamente, dándose cuenta de la probable monstruosidad. El, mutiplicando sus ataques, combábase sobre ella, frenético. En la estancia sólo se oían las respiraciones jadeantes; por el suelo esparcíanse los jirones de tela; en la carne, las manos imprimían hondas huellas moradas.

Hubo un momento en el cual todo el cuerpo de la hermana sintió el contacto del cuerpo de Lucio, en tanto se ensangrentaban sus labios bajo los del sátiro.

Entonces, inconsciente ya, le atenazó el cuello para repelerle.

Aún lucharon algunos segundos.

Ella apretaba con fuerza, con todas sus fuerzas, hasta que pudo comprender que ya sólo ella oprimía... Pero luego, sus gritos resonaron afuera clamorosos y trágicos.

Y el polvo que levantó el cadáver de Lucio al batirse contra el suelo, se hizo luminoso en un rayo de sol.

A. Hernández Catá.

NUESTRAS ARTISTAS



¿.....?

EL 44 Y EL 25

RECUERDA usted, *mademoiselle*? ¡Qué frío más horrible el de aquella noche! ¡Y el canalla del *garçon* se había negado resueltamente á encendernos la chimenea! Ibamos á morirnos helados sin remedio.

Yo no tenía un mísero *sueldo* en el bolsillo para comprar siquiera una libra de carbón. Y á través de la pared que nos separaba —eramos vecinos de cuarto, usted vivía en el número 44 y yo en el número 25 del hotel Michelet, quinto piso,—parecía verla á usted tiritar, envuelta en su capota morada de pieles. ¿Qué hacer para proporcionar á usted un poco de calor. De pronto lancé un *¡ah!* de alegría y después un *¡eureka!* de triunfo. ¡Tendríamos fuego para toda la noche! ¿Cómo? Pues muy sencillamente. Sobre el mármol de la chimenea, se elevaba majestuosa toda una pirámide de libros. ¡Al *marchand* con ellos!

Y... encendí la chimenea. ¡Qué hermoso es el fuego! ¿Verdad, *mademoiselle*? Y, sobre todo, cuando se tiene frío. Buen trabajo me costó que abandonase usted su cuarto y viniese al mío. ¡Usted ha sido siempre tan prudente y tan discreta!...

¡Qué bien pasamos la noche!

Me acuerdo que usted, sofocada por el calor, llegó á quitarse la capita morada de encajes. Después arrojamos al fuego un busto en yeso, de Napoleón; una silla, un paraguas, dos bastones y mi hermoso sombrero de copa.

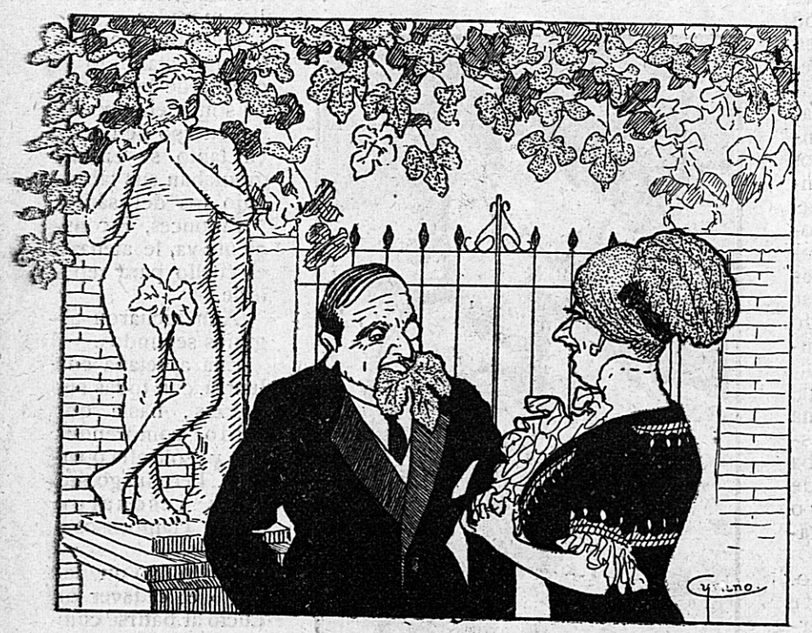
El reloj de San Sulpicio dió las tres. Ya no teníamos nada que echar á la chimenea. La botella de coñac se había consumido. Comenzamos nuevamente á sentir frío. Yo quería abrigarla á usted con mi aliento, como un héroe de Campoamor. Usted se resistía débilmente, ¡oh, muy débilmente!

.....

Y el número 44 y el número 25 del hotel Michelet se fusionaron aquella noche formando una sola cifra.

Miguel Sawa

LA HOJA DE PARRA



—¿Qué es eso, Duque?...

—Pues, ya lo ve usted: imito á las estatuas en lo de ponerme la hoja de parra.

—Pero..... ¿en la boca?

—¡Ay, amiga mía! ¡Cada uno se la pone donde puede!

LA CLAUSURA INÚTIL

SOR Juana del Amor Divino era la más cándida, mansa y sencilla oveja del rebaño del Señor. En el recinto monacal antes hubiérase dudado de la pureza de las azucenas del huerto que de la virtud de aquel albo lis con hábito de bernarda, que dejaba á su paso por el claustro callado una fragancia suave.

Pero hubo de acontecer que cierto día la madre abadesa notó visiblemente que aquel ángel, henchido siempre de celeste amor, ensanchaba de una manera tan extraña su cuerpo mortal, que hacía sospechar si no serían exclusivamente celestiales los deliquios que arrobaban á aquella seráfica hermosura.

Sor Juana tuvo que declarar la verdad ante la evidencia. Fué un desliz á que la movió su compasión. Una tarde... en la puerta del huerto... Un hombre que pasaba pidióla algo que comer. Era un desarrapado, y sus escasos harapos no bastaban á cubrir sus carnes. Ella tuvo piedad, y después de darle pan y frutas de la huerta, deslizóse hasta una liberalidad extrema.

—¿Pero tú consentías de buen grado?—interrogaba la abadesa.

—Yo, no. ¡Por Dios, señora!

—Pues entonces, al verte acometida por el demonio del pecado, ¿por qué no gritaste?

—Porque la observancia de los preceptos es antes que todo. Y nuestras reglas nos mandan el silencio.

La abadesa, entonces, no se sabe con qué fin, aunque es de suponer que con el de procurar el castigo del osado, interesóse por que se le encontrara. Inquirió y supo que por el pueblo merodeaba el desarrapado. Preguntó á varias señoras de la localidad y todas afirmaron haberle visto, recordando con horror el espectáculo vergonzoso de su desnudez, que dejaba al descubierto los lugares más transcendentales de su cuerpo.

—¿Pero su rostro? ¿Cómo es su rostro?—preguntaba la abadesa.

Y todas la respondían igualmente. Ninguna se había fijado en su fisonomía. Sin embargo, si se le presentaban, todas podían reconocerle.

Dudando de poder dar con el desalmado para que le fuera impuesto el necesario correctivo, la madre superiora platicaba del caso con el capellán del convento. Un hombre lleno de ciencia y de virtud.

—¡Qué escándalo, señor, qué escándalo!—decía la abadesa—. Pensar que una doncellita no está segura en esta casa.

Y el capellán respondía sentenciosamente:

—Señora. Es tan difícil conservar intacta una cerradura de la cual todo el mundo tiene la llave...

Pedro de Répide

RIFAS CALLEJERAS



—Caballero, cómpreme el as de bastos que le van á tocar los huevos.

—¿A mí?



El confesonarjo

PURA MARTÍNEZ

DECIDIDAMENTE los tiempos adelantan... más de lo que es de desear. Hace unos cuantos años, si á una actriz ó á un torero un periodista le hubiese dicho: «escríbame usted un artículo», la actriz ó el torero aludido se hubiesen echado á reir, seguros, por otra parte, de que si ellos decían al periodista que hiciesen un papel en cualquier drama ó lidiase un becerro, el plumífero se iba á excusar con algún chiste.

Pero lo que es ahora ¡sí, sí!..... Con este ejemplo que han dado Benavente, Dicenta, Palomero y otros escritores ilustres de «hacer» comedias y de torear si llega el caso, se le presenta á una uno de estos chicos amigos, avispados y simpaticotes, y ó les complace ó hace el ridículo, porque resulta menos que la Fulana y la Citana y la Perengana, populares compañeras nuestras que ya escribieron...



PURA MARTINEZ

Yo no he tenido grandes aventuras..... que poder contar. Como cualquier otra artista aplaudida y un poquitín guapa he tenido mis pretendientes. Unos, que me ofrecían su coche; otros, un palacio; otros, una casita modesta, lejos de la escena, donde me aseguraban que sería feliz...

En Colombia, sobre todo, de donde mis recuerdos no son gratos del todo — porque allí me metí á empresaria y de la empresa salí más pobre que una rata,—en Colombia, sobre todo, yo no sé si por efecto del clima ó por qué, durante mi estancia me salieron pretendientes por todas partes.

No podía salir á la calle. Las señoras se quejan aquí frecuentemente de que en Madrid los galanteadores van «demasiado lejos». ¡Pues si ellas hubieran estado en Colombia!

Alguna vez — ¡quién podría tirar la primera piedra! — alguna vez he estado á punto de enamorarme y ceder; pero nada. Luego me acordaba de que era mujer de «las exigencias sociales» y me contenía. ¿Mis gustos? ¿Que cómo me gustan á mí los hombres? ¡Por Dios, hijos míos! Morenos, morenotes..... Además—¡qué se yo!—además de que están mejor, de que son más guapos, me parece que los morenos tienen más corazón que los rubios.

Pura Martinez.

PEPE MONCAYO

Que yo relate mi vida
me piden, y estoy dispuesto;
mas un mísero danzante
metido en tales tiberios,
no puede salir airoso
por más que torture el seso.
No sé manejar la péñola,
ni zurcir un argumento;
no sé más que hacer *mis bufos;*
pero, en fin, ¡quién dijo miedo!
y, si no toda mi vida,
ahí va un trozo por lo menos.
En un pueblo de Castilla,
cuyo nombre no hace al cuento,
trabajábamos Manolo
Rodríguez, Peral (Alejo)
y yo, los tres siempre juntos,
los tres amigos sinceros,
viviendo en la misma fonda
los tres, y los tres durmiendo
en la misma habitación,
(no digo en el mismo lecho,
por evitar suspicacias
de las que estoy muy ajeno).
Había en aquella fonda
una moza de ojos negros,
dedicada á las labores
de los *servicios* domésticos,
y cuya moza tenía
á los tres sorbido el seso.
Mas, como no era posible
lograrla los tres á un tiempo,
echamos la suerte á «porras»
y éstas me favorecieron.
Se acordó que los tres juntos
fuésemos al aposento
de la moza, y que ellos dos
escuchasen en silencio
los mimos ó las protestas
los aullidos ó los .....
Terminada la función,
y con el ánimo inquieto,
penetramos en la fonda,
y hacia un pasillito estrecho,
á cuyo final dormía
la dama de nuestros sueños,
avanzamos de puntillas
conteniendo hasta el aliento.
Toqué una puerta; «¡aquí es!»
—les dije—, «¡valor y adentro!»
Entramos y yo avancé
hacia el lugar del siniestro,
vulgo catre, tropecé
y palpé, y sentí, y, ¡oh cielos!...
¡qué.....! ¡qué .....!
¡qué apetitosos cimientos!...
mis manos . . ., qué ....,
y la chiquilla durmiendo.
No pudiendo prolongar
tan cruda escena más tiempo,
.....
y, de un salto gigantesco,
.....
.....
.....
—¡Socorro! ¡Favor! ¡Socorro!
¡Que .....! ¡Sereno!
.....



PEPE MONCAYO

¡luz! ¡auxilio! ¡luz! ¿qué es esto?
Y por fin la luz fué hecha,
y aquí viene lo violento:
No era aquella la criada,
sino un Padre Reverendo;
un cura que allí dormía.
¡Oh, error terrible y funesto!
En vez de entrar en la alcoba
de la dama de mis sueños,

nos habíamos colado
á molestar al *berrendo*.
.....
A la mañana siguiente
decía este buen sujeto:
—«Yo no siento el sobresalto,
ni tampoco el atropello...
pero, ¡caray! que lo digan
y que me avisen con tiempo.

José Moncayo.

DESMEMORIADA

MIENTRAS los papás comentan apasionadamente las últimas declaraciones sobre el problema de Marruecos y convienen unánimes en la inmediata é inevitable ruina de la patria, y las mamás se deleitan recordando las hermosísimas conferencias de los Luises, y las señoras jóvenes se pierden voluptuosas en una interesante crítica de los sombreros que acaban de recibirse de París, y los pollos dirigen á las muchachas miradas expresivas, y las muchachas piensan, aburridas, que sería mucho más positivo y mucho más alegre levantar la tapa del piano y dar cuatro saltitos sobre la alfombra, los niños hablan. También los niños tienen cosas que decirse. A veces, mucho más interesantes que el problema de Marruecos y que las conferencias de los Luises.

Sentadas en un rincón están dos chiquillas encantadoras, serias y formales, con esa triste gravedad de los niños bien educados. La mayor, seguramente, no tiene doce años. La más pequeña, es posible que pase ya de diez. Las dos son rubias, las dos tienen los ojos azules, las dos llevan el pelo suelto, flotando en lluvia de oro sobre la espalda, bajo las enormes pamelas de blanca paja fina, adornadas con guindas y amapolas.

Y las dos hablan. Y dicen:

—¿No sabes quién ha muerto ayer?

—¿Quién?

—Pascualín García.

—Pascualín García... Pascualín García... No le conozco.

—Sí, niña; un muchacho que el verano último, antes de marcharnos á San Sebastián, iba algunas mañanas al Parterre á jugar con nosotras...

—No recuerdo.

—Un niño vestido de marinero, delgado, rubio, muy pálido, que iba con su abuelita, una señora muy arrugada, muy arrugada...

—Te digo que no caigo.

—Que sí, mujer: un niño que estaba siempre triste, como si alguien le hubiera dicho que se iba á morir pronto.

—Vaya, hija, que no me acuerdo.

—¡Jesús, qué niña más desmemoriada! ¡Pero si te tienes que acordar!

—Pues no me acuerdo, ¡ea!

—Vamos, haz memoria. ¿No te acuerdas de un niño muy fino y muy amable que nos obsequiaba con bombones y con barquillos?...

—No, no me acuerdo.

—Que nos escribió postales.

—¡Jesús, qué pesadez! Te digo que no me acuerdo.

—Un niño que una mañana... que una mañana *(poniéndose muy colorada y mirándose las puntas de los dedos)*, jugando á los novios, me eligió á mí, porque dijo... porque dijo... *(sin atreverse á levantar los ojos, toda ruborosa)*, que yo era mucho más bonita que tú...

—¡Ah! Ya me acuerdo. Qué niño más antipático, ¿verdad?

Pedro Maia



—Bueno, chiquilla; pero eso que me propones me supone dos años menos de vida.

EL HOMBRE

APARECIÓ en el tablado del café flamenco Lola, y pudieron apreciar los inteligentes su buen estilo en el cante, y además, que la chiquilla se bailaba como los propios dioses del Olimpo, dando de barato que tales señores se dedicasen á tan nimia ocupación.

Cuando entornaba ella sus ojos gitanos, dejando escapar por los temblorosos labios un torrente de notas argentinas y lastimeras; cuando al ritmo erótico de un tango retorcía el talle, haciendo destacar las curvas deliciosas de su busto y de sus caderas, aquel público, embrutecido y excitado por el alcohol, sentía despertarse todos los groseros apetitos, y su ovación ruidosa tenía semejanza con el bostezo de hambrienta fiera ante su presa.

Cada noche, Lola recibía mayores muestras de entusiasmo: cañas de manzanilla, olés, palmadas, flores, improperios... ¡de todo!

Un compañero, apodado *el Caribe*, la cortejaba, requiriéndola con pintorescas frases que se diese á partido; ella no le hizo caso, y este desprecio enfureció al cantaor de soleares y tientos, que llegó á sentir rabia, celos y deseos de venganza.

Saludos, sonrisas, obsequios, proposiciones atrevidas recibía á diario Dolores con resignación, como tormenta en despoblado, refugiándose unas veces en su falsa candidez y otras dando largas al asunto. Esperanzas halagüeñas, acaso, hiciera concebir; pero jamás otorgó codiciados favores.

Una noche, Paco Alvarez entró en el café; Lola, radiante de alegría, saltó del tablado y fué á sentarse en su mesa.

—¡Paquillo de mi alma! ¿Cómo estás, hijo mío?...

—Oye: me lo dijeron—murmuró Paco tristemente,—pero no había querido creerlo. Esta noche estoy borracho; por eso he tenido valor para venir. ¡Me da una pena verte en este sitio ¡Si tú hubieses sido capaz de comprenderlo!...

—¿Qué?

—No estarías aquí...

—¡Calla, calla!... ¡No sabes cuántas cosas han pasado! ¿Crees que no recuerdo?...

Se enfrascaron Paco y Lola en una conversación interesante, cariñosa, íntima.

—Pollo, ¿está usté confesando á esa mosita?—dijo *el Caribe*, que á paso de lobo, sin ser visto, habíase acercado á la mesa.

Ella, conociendo las intenciones del cantaor, se quedó observándole despreciativamente.

El se puso de pie con ademán pendenciero.

—Yo tengo hecho un juramento, señorito, y el juramento es que mientras viva yo, esta mujer no será de nadie; la tengo escogida, la quiero para mí. ¿Qué tiene usté que decir á eso?

—Esta es mi contestación—y Paco dió una bofetada tremenda, que desconcertó por algunos instantes al chulo.

—¡Y esta es la mía!...

LOS VIEJOS QUE TODAVIA...



JOSÉ ESTRAÑI

Tiene sus añitos el popularísimo poeta; pero los lleva con gallardía, no sólo en la figura—juncal y españolísima—sino en sus escritos. Muchos jovenzuelos tendrían para un año con el ingenio que derrocha el director de *El Cantábrico* en una sola de sus deliciosas «Pacotillas»

—¡Mía!—gritó ella, adelantándose, cuand *el Caribe* tendía el brazo armado.

Y cayó Lola, herida por la navaja del cantaor de soleares y tientos.

✠

Paco no volvió por la Universidad. Pasaba los días y las noches en el humilde cuarto de la calle Martínez Montáñez, cerca de la camita blanca de Lola.

La herida que produjo el arma de *el Caribe* puso en peligro durante algún tiempo la vida de aquella mujer, cuyo heroísmo no pudieron explicarse los que desconocían su historia y los generosos sentimientos de su alma.

El la cuidaba con solicitud y cariño, profundamente agradecido.

—*El Caribe* es un madrugón y un cobarde... ¡Si llega á herirte, qué desgracia tan grande!—dijo Lola cuando pudo darse cuenta de su situación.

Algunas veces despertaba á las altas horas de la noche, y divisando en la semiobscuridad de la alcoba la silueta de Paco recostado en una butaca, al pie de la cama, le decía en tono de reprensión amistosa:

—He dicho que te vayas, ¿no habrá manera de echarte de mi casa? Anda, vete; no seas niño; mira que vas á ponerte enfermo también...

Paco Alvarez era hijo de un rico labrador, afincado en Jerez de la Frontera; pasó los primeros años de su vida en el campo, fortaleciendo su naturaleza, entonces delicada, con los aires puros de la sierra. En el campo conoció á Lola, hija del guarda de su cortijo; con ella vivió mucho tiempo, como hermano.

Luego, Paco fué á educarse lejos de aquella tierra. Murió el padre de Lola; caída la hoja en el surco, el viento la arrastró al azar; Lola paró en un café cantante de Sevilla, como pudo ir rodando á otro sitio peor.

Allí, después de diez años de separación, se encuentran los que de niños correteaban por la campiña jerezana y sesteaban abrazados á la sombra de un mismo árbol, y habían oído, temblando de miedo, los cuentos de brujas ó de bandidos bajo la campana del hogar en las noches de invierno.

Evocando estos recuerdos, muchas veces entonaron un idilio hermoso al borde de aquel lecho, sin estrecharse las manos siquiera; sin un beso.

✠

La convalecencia llegó con la primavera. Pudo dejar la cama Lolilla, y sentada cerca de la ventana, dedicarse á sus labores.

El médico se despidió, diciendo:

—De buena se ha escapado usted, niña; ese *Caribe* debía pudrirse donde está. ¡Qué intenciones llevaba el angelito!...

Por un extraño proceso psicológico, Paco se había transformado en otro hombre. Examinaba de soslayo á Lola, y cuando ésta sorprendía su contemplación, él apartaba los ojos; otras veces sostenía sus miradas con una insistencia imperativa; miradas en las que había extraños fulgores, chispazos de lujuriosos deseos mal reprimidos.

—¿Qué miras? ¿Por qué miras así? Ahora, apenas te conozco; no eres mi compañero de siempre...

Entonces, él bajaba la vista como avergonzado y confuso.

—Nada; no es nada..

—¿Por qué no estudias? Déjame; vas á perder este año, que es el último de tu carrera de Derecho. ¿Has escrito á tu padre?...

Paco sonreía tristemente; con enojo, casi con rabia.

Una tarde que Lola, asomada á la ventana, parecía contemplar extasiada el cielo, él se acercó á ella hasta casi tocar con los labios los negros rizos de su nuca, y le puso una mano sobre el hombro; la mujer se estremeció. Paco dijo á su oído algo tremendo, porque Lola, entre indignada y triste, exclamó:

—¡Qué me has propuesto! Creo que no he entendido bien... ¿Por qué dices eso?...

—Sí, lo he dicho y lo deseo, porque me

EN EL PARQUE ZOOLÓGICO



De potencia á potencia

hace falta para vivir, y te quiero mía en cuerpo y en alma, ¡mía toda!... Y será...

Luego corrió á la puerta y echó la llave.

—Qué loco estás, pobrecito mío—respondió con despreciativa tranquilidad Lola, recogiendo, sin esfuerzo, la llave de manos de Paco.—¡Qué asco!... ¡Como todos, como todos!... Sí, todos los hombres sois iguales, cortados por el mismo patrón. Las mismas ideas, las mismas pasiones. Al principio, para haceros querer, sois hidalgos y respetuosos; pero en cuanto conseguís el cariño y la simpatía, se os rebela el instinto brutal, cansado del bozal que le pusisteis, y grita pidiendo carne, y apela á la violencia cuando no se la dan de buen grado. Todos iguales, sí; y tú como todos. Pero no te asustes, no me enfado. Te quiero mucho para no perdonarte tus defectos. El amor siempre será indulgente. Los que aman no sirven para jueces... ni siquiera para testigos. Juzgan con su corazón, que es bondadoso, y, por tanto, parcial, muy parcial.

Después volvió al sitio que antes ocupaba.

—Te ofrecí mí vida; me juego el alma, si tú quieres. Mira.

Lola tiró la llave por la ventana.

Fué junto á su camita blanca, y abrió los brazos.

—¡Aquí me tienes! ¡Ven!

Luego se cubrió el rostro con las manos, y empezó á sollozar, como en otros tiempos, cuando regañaban por futesas, siendo niños.

Paco la cogió entre sus brazos y la besó en la frente, murmurando:

—¿Qué tienes, muñequita mía?

—¡Este eres tú!—gritó ella, mirándole á los ojos.—¡Este eres tú!

Antonio Lozano.

...Y VAMOS TIRANDO

Ha escrito una obra Ernesta,
la mujer de Blas Pastor;
y, aunque Blas es impresor,
se la va á tirar Juan Cuesta,
que lo hace mucho mejor.

J. Brissa



NUESTRA AMIGA DANAE *(Van Dyk.)*

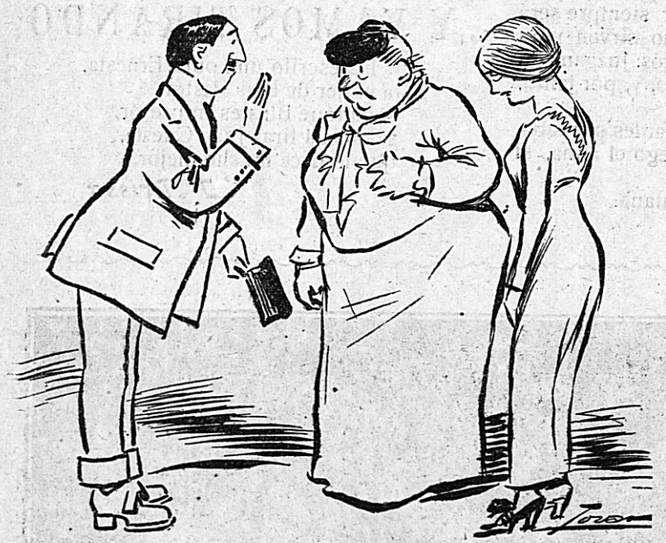
LIGA DE MUJERES

ALEJANDRA, la joven esposa de cierto sastre, «especialidad en trajes de niños»..., comprendiendo que se aburría demasiado y que la vida no se hizo para bostezar, tomó un amante, ¡uno solo!... Un mocito mucho más joven que ella; delgadito, boquirrubio, ardiente, travieso y alegre como un paje.

Esto, hace medio año, nadie lo sabía. Después, como el amor es el arte y la emoción estética es sentimiento eminentemente expansivo, Alejandra, no pudiendo guardar para sí sola el secreto de aquel cariño que la hacía dichosa, se lo confió á Mercedes, su amiga más íntima. Lo dijo tartamudeando, enrojeciendo, bajando los ojos, sumida en una turbación exquisita; y mientras hablaba, su confidente sonreía, oprimiéndola afectuosamente las manos, como invitándola á seguir explicándose, repitiendo de cuando en cuando: «Lo sé, te comprendo, lo había adivinado...» Alejandra, enternecida por tanta indulgencia, rompió á llorar: era muy desgraciada, estaba muy sola, su marido no la comprendía. Su caída era obra de la Fatalidad. Pero Mercedes, lejos de reñirla, la compadeció; hacía bien en divertirse.

De esto hablaron reiteradas veces, siempre callando, gozando el purísimo goce de saberse muy unidas. Mercedes quiso que Alejandra le presentase á su amante.

—Ya le conocerás—repuso la liviana;—se llama Paco; es joven, pero seductor y fogoso como un Amor...



La mamá.—Quedamos en que la boda será el jueves.
El.—Imposible; el jueves tengo junta en el Club.

La noticia de que Alejandra, la mujer del sastre, tenía un *capricho*, fué extendiéndose lentamente; Mercedes se lo dijo á su prima Consuelo; Consuelo á Petra, Petra á Carmen... Y Alejandra concluyó por confesárselo á todas. Y todas (¡oh, rara condición del bello sexo!), aun censurándola, la envidiaban. Alejandra era una indócil, una emancipada, que sabía romper los yugos odiosos de lo constituído...

Paco acaba siendo el «niño mimado» de todas; era demasiado inocente todavía, demasiado tierno y también demasiado simpático, y merecía la protección incondicional de sus amigas.

—Nada tiene que temer—solía decirle Mercedes;—nosotras sabremos defenderle contra cualquier peligro.

Casi todas las tardes el dicho mozalbete visitaba á su amada, y con ella y sus amigas pasaba las horas; ninguna reprochaba aquellos amores, y hasta las más encogidas y austeras reconocían que las mujeres, unidas por su desgracia á un hombre inferior, tienen derecho á todo.

—Yo misma—declaraba Mercedes—si hallase un hombre discreto como usted... ¡Bah, quién sabe!...

Sucedió, pues, que una tarde X., el esposo de Alejandra, llegó inesperadamente y que Paco tuvo que esconderse en un armario. El sastre saludó á las amigas de su mujer, se quitó las botas y tomó asiento junto al lugar donde «el gato» estaba encerrado, declarando que le dolía un poco la cabeza y que no pensaba salir á la calle hasta el día siguiente. ¡Infortunado *Bebé*! ¿Cómo componérselas para sacarle vivo de allí?

Mercedes, que es mujer de recursos novelescos, propuso distraer la tarde haciendo juegos de manos y de prendas; X. aceptó. Después Mercedes quiso jugar á la gallina ciega. En aquella proposición, todas las comprometidas vieron un rayo redentor de luz. Alejandra preguntó: ¿Quien va á ser la gallina?

El *coro* respondió:—¡Tu marido, tu marido!...

X., riendo, se dejó vendar los ojos. Luego, mientras avanzaba cautelosamente, extendiendo los brazos para no tropezar, Paco salía del armario de puntillas, y allí mismo, bajo los cortinajes de la puerta que había de llevarle hacia la salvación y la libertad, sus labios y los de Alejandra se unían en un beso inmenso.

.....

¿Qué remedio?... Lo que *ellas* quieren, *eso* ha de ser; su belleza y la refinada astucia de sus disimulos, las dan el imperio del mundo. Son las tiranas, y nosotros, menguados polichinelas, vemos y sabemos lo que *ellas* nos permiten ver y saber. ¿Qué podría la liga más formidable de naciones contra una liga de mujeres?

Fernando Amado.

Arrojar la cara importa...

Partió Juan para la China,
y marchóse enamorado
de Juana, que era un dechado
de perfecciones; divina.
Con esto, no hay que decir
si Juan marcharía triste;
casi, el pobre, no resiste
el tormento de partir.
—No es la pena de marchar
—dice— mi mayor tormento.
—¿Pues qué sientes?
—Sólo siento
que me llegues á olvidar.
—¿Yo olvidarte? ¡Qué ilusión!
—Bien lo temo.
—Eres un niño,
siempre, siempre, tu cariño.
vivirá en mi corazón.
—¿Y la prueba?
—La tendrás.
—¿Serás firme?
—Hasta la muerte.
—Mas... ¡sin la dicha de verte
tanto tiempo!...
—Me verás.
—¿Que te veré?
—Es un secreto.
De mi padre un ascendiente
trajo, hace siglos, de Oriente
un riquísimo amuleto;
un espejo exacto y fiel.
Mis acciones retratadas
verán en él tus miradas
siempre que acudas á él.
Toma, y llévale contigo
mientras dure nuestra ausencia,
que él te dará la evidencia

LA «TOILETTE»



Ella.—Vístete bien, Luisito; que se den cuenta de quien eres. El año pasado, apenas entraron las de Ramírez, sólo por el traje que llevaban las tocaron la marcha real.

Él.—Descuida, mamá; como vayan esas, me la tocan á mí también.